

La viuda y sus carneritos

Este cuento — cuya versión original fuera publicada en FONTAINE, número 50, marzo de 1946 — ha sido especialmente traducido para MARCHA por Gastón Blanco Pongibove.

ESTA viuda de gran corazón tenía como hijos a tres carneros, no unos falsos carneros, hombres de poco carácter y serviles, sino unos verdaderos, con vellón y todo. Sin embargo, es necesario decirlo en descargo de sus padres, los tres cuadrúpedos gozaban del don de la palabra: lo que no sabían era balar. En vano ensayábanse en secreto, no había medio de hacer salir de sus gargantas el quejido habitual de los animales lanudos.

Ni el padre ni la madre, ni ninguno de los ascendientes paternos o maternos habían tenido nada de carneros. Por más que pensarán en ello la única conjetura posible provenía de que los tres lanudos eran del género Rambouillet, ciudad donde los padres pasaron la luna de miel.

Llevaban como podían su vida de pequeños burgueses. De noche, la madre acostaba a cada uno en su cama, pero en cuanto apagaba la luz, tiraban sus mantas para irse a apelo-tonar, los tres, en un mismo rincón de la pieza. A pesar de sus facultades de locución, nuestros carneros no demostraban ninguna facilidad para el estudio. Nunca pasaron un examen serio, a pesar de que la madre, astutamente, los hiciera recomendar, a la vez, por la Sociedad protectora de animales y por la Liga de los derechos del hombre y del ciudadano. Pero los examinadores se negaron a dar diplomas a esos tontos, recién esquilados debido al calor. (Los exámenes, como se sabe, tienen lugar para todos a principios del verano).

Aún en vida de su marido, la madre no se había asombrado jamás de su extraña descendencia, como si todas sus amigas hubieran echado al mundo carneros.

Cuando iba de visita, se presentaba siempre con sus tres hijos, a quienes llamaba, para facilitar las cosas, "mis corderitos". Nada de melindres ni de monerías. No se paraban sobre las patas traseras como un faldero que pide azúcar, ni se colocaban cintas en el cuello como los perros de aguas. Si se es carnero, hay que conformarse con parecer carnero, lo que no impedía la conversación porque todos deseaban oír sus voces humanas.

—Qué gentil ha sido usted al traernos sus hijos.

—Los hago conocer el mundo, para que no se conviertan en unos ositos.

No se sabía con certeza si había que acariciarlos cuando saludaban: "Buenos días, señora". Por lo general, se conformaban con una amistosa inclinación de cabeza. Los tres portábanse correctamente a condición de que se les diera leche en un platillo, porque les sería imposible, con seguridad, sostener una taza de té.

La madre no vacilaba en aceptar todas las invitaciones para sus hijos, salvo, sin embargo, los garden-parties, no teniendo corazón para impedir a "esos loquitos", desdeñosos del té y de las convenciones sociales, ramonear el cespel delante de todos. Conversaba libremente de su carrera, de su porvenir, como si se tratara de verdaderos muchachos. Si le hablaban de matrimonio: —"Oh, son todavía muy jóvenes, mis queriditos". En verdad mal se podía ver en las caras car-

neriles su verdadera edad; hubiera sido necesario mirarlos los dientes, pero nadie osaba hacerlo pues el hecho de poseer el don de la palabra inspiraba cierto respeto. "Todavía no tienen una posición", decía la madre. O bien: "No son cazadores de dotes". "Yo les encontraré, cuando llegue el momento, una joven seria y comprensiva, que no se pase todo el día recorriendo tiendas y que no repare en ciertas particularidades físicas, que no han deshonrado jamás a nadie. Qué importa después de todo tener una nariz muy larga o muy corta, o un poco de lana en la espalda. Un alma bien templada, he aquí lo importante, sobre todo hoy, que la vida se vuelve cada vez más difícil". Luego, haciéndolos salir de la pieza un instante, añadía: —"Creerán ustedes que el otro día, una amiga común que no quiero nombrar, tuvo la audacia de decir en mi misma cara, que en materia de mujeres, eran ovejas lo que necesitaban mis hijos ¡Es una vergüenza. Si eso es lo que se llama una amiga! Me enojé para siempre con ella!" Luego, haciéndolos volver a su lado: "Sentáos, hijos míos, cerca de vuestra mamá, que está muy orgullosa de vosotros. Sois pequeños dioses, porque unís a la ancestral experiencia, la inteligencia y la voz humanas. Creedme, tenéis algo de sagrados..."

Por
Jules
Supervielle

—Oh! mamá, decían ellos con modestia, siendo los más capacitados para conocer la pobreza de su pequeño cerebro.

—No sois vosotros los que debéis juzgar. Son vuestra mamá y las verdaderas amigas de vuestra mamá las que deben decir todo lo que valeis. Lo repito: en el antiguo Egipto y en la India, habríais sido adorados, pero entre nosotros, con todo este mercantilismo y esta ausencia de ideales, sólo se desea conservar vagas apariencias.

—Sabe usted que podrían hacer fortuna en América, le dijo un día una amiga bien intencionada.

—¡Qué horror! No quiero que mis hijos se exhiban en el extranjero. Soy patriota: Francia es bastante grande para ellos. En último caso los enviaría a las Colonias, pero

a un país extranjero, que ni se piense siquiera. En realidad, no había llevado jamás a sus hijos más allá de los alrededores de París, no habiéndole costado mucho comprender que los herbívoros (excepto los caballos) no viajaban sino constreñidos y forzados.

Cuando estalló la guerra de 1914, envió valientemente a sus hijos al consejo de revisión segura de que serían dados de baja oficialmente. El médico mayor se encolerizó y preguntó si lo habían tomado por un veterinario. Ni los auscultó siquiera, contentándose con tactarlos un poco para asegurarse de que no soñaba.

Entretanto, cuando la viuda sacaba a tomar aire a sus carneros, todos empezaron a mirarlos con malos ojos:

—Hace falta carne, decían a su alrededor. ¡Miren las colas en las carnicerías!

Y un día, un anciano condecorado la saludó muy cortésmente:

—Los animales en pie están por las nubes, dijo. Se podría pensar en los vuestros...

—¡Asesinato, sacrilegio!... aulló la madre. ¡No ve usted que mis hijos tienen el don de la palabra!

—¡Entonces que tomen un fusil!

—¿Es culpa de ellos si la Naturaleza les ha dado cuatro pobres patitas que no pueden sostener un arma de fuego? Si no fuera por eso, me sentiría feliz sacrificándolos en el altar de la patria.

—Bueno, bueno, mañana a primera hora irán a buscarlos. Era el comisario de policía del barrio.

Antes de degollarlos, se preguntó a los jóvenes lanudos si no querían hacer alguna declaración. Se esperaba que, en el momento de morir, revelarían el secreto de su originalidad. Pero su emoción fue tan fuerte que no salió ninguna palabra de sus gargantas y se pusieron a balar, a balar interminablemente, lo que no habían podido hacer hasta entonces. Y balaban tan fuerte y miserablemente que los verdugos, impacientes, para no oírlos más, los degollaron antes de tiempo.



Jules Supervielle

El mejor Werfel

FRANZ WERFEL: Juárez y Maximiliano (Juárez y Maximiliano). Traducción de Elvira Martín y Annie Reney. Con siete litografías originales de Edgar Koetz. Buenos Aires, Emecé Editores, 1946. 221 páginas.

Todos los elementos que aseguran el atractivo romántico de un relato fueron reunidos por la mano impúdica de la Historia en el episodio de Maximiliano en México. Por un lado, la figura del emperador, su vana nobleza espiritual, la incompreensión y la perfidia que lo envuelven, su exagerada desdicha, su muerte ejemplar. Por otro lado, la doble réplica: el impecable y sobrio, el indio Benito Juárez, y el traidor, Bazaine, mariscal de Francia. La sustancia del drama — como la concebían los románticos — está toda en ese planteo preliminar. Al artista sólo correspondía el desarrollo literario y armónico de esa historia ya contada. (Eso intentaron, en 1939, los Warner Brothers al filmar Juárez, desvirtuando el conflicto con directas alusiones contempóranas).

Como si se hubiera pretendido aumentar la riqueza de la situación, un combate ideal dobla el antagonismo romántico de los caracteres: la ambición de las potencias europeas enfrentada a la voluntad libre de América. No debe parecer extraño, pues, que autores tan

Por Emir
Rodríguez
Monegal

disímiles como Egon Caesar Conte Corti y Franz Werfel se sintieran tentados por el tema y compusieran, respectivamente, una biografía, admirablemente documentada y un drama, parcialmente inspirado en esa biografía.

Al abordar Franz Werfel ese material ya polarizado, lo guía un imperceptible desprecio por la anécdota, una secreta finalidad. Es cierto que su obra no prescinde del implícito colorido romántico, ni del efecto teatral consiguiendo (véase, por ejemplo, el cuadro octavo, con la novelesca aparición de Porfirio Díaz). Pero ese colorido se halla desvanecido hasta reducirse a un hermoso motivo ornamental o a una discreta alusión local.

Werfel preferirá ahondar en la psicología de Maximiliano y buscará definir, para su propio provecho, ese carácter huido. Tal operación es legítima ya que el autor no hace — ni

pretende hacer — una exacta reconstrucción histórica, aunque se atenga (como declara en unas observaciones finales) a la verdad histórica. Su labor es creadora y esa creación reside fundamentalmente en la interpretación de los caracteres, en la nueva luz que arroja sobre los episodios, ya fijados, en cierto trascendentalismo que se desprende lentamente de la acción. Así enfocada, la aventura de Maximiliano se descarna un poco, pero se enriquece el conflicto espiritual: Maximiliano desea ardientemente el bien, pero sólo consigue su fugitiva apariencia; imbuido de su impar situación (por encima de los partidos y de las ambiciones) procura la concordia, sin comprender que su conducta no escapa al partidismo, a la ambición.

Maximiliano se convierte, por la voluntad de Werfel, en el verdadero centro de la obra. En su espíritu maleable se reflejan toda acción, todo suceso histórico. De modo que Werfel no nos ofrece el hecho en sí, en su desnuda significación, sino la acción disolvente que ejerce sobre el protagonista. Maximiliano cree dirigir su conducta y moldear su destino. Este se halla minuciosamente condicionado desde afuera. Combate a Juárez, pero lo admira y anhela su comprensión, un mutuo entendimiento. Los sucesos — crudos, brutales — lo sobrepasan. Cree posible modificarlos con sus nobles palabras vacías. Maximiliano, en algún momento de la obra, parece Hamlet: un Hamlet despojado de toda penetración, de esa lúcida inteligencia que distrae al príncipe de Dinamarca; un Hamlet aumentado de cordial simpatía, de debilidad. Un Hamlet, al fin, en su ilusión frente al mundo de la acción, en su actitud receptiva (no activa), a la espera de la oportunidad, sin ser capaz de provocarla, de gobernarla.

¿Y Juárez? Juárez actúa siempre bien. Y no porque los hechos se encarguen de darle la razón, sino porque él los gobierna (o, al menos, logra producir esa feliz apariencia). Pero Juárez no interviene en la obra de Werfel — y éste es un rasgo deliberado. Se habla de él, se siente su presencia, pero no se asoma al escenario. En el romántico episodio de Maximiliano, Juárez es una figura completa, objetiva, intocable. Su solo nombre bastaba a Werfel: su nombre, más sugestivo, más dócil para la creación escénica que la persona entera.

En el prólogo de esta hermosa edición dice Jorge Luis Borges: "A través de la derrota y de las tradiciones (toleradas por él, íntimamente fomentadas por él), Maximiliano se convierte en su propio juez y en su propio verdugo. Siente un afecto inexplicable por Juárez. A éste (que acabará por fusilarlo en Querétaro) nunca lo vemos. En esa ocultación hay algo más que un hábil artificio dramático; Juárez es de algún modo la conciencia del triste emperador". Esta última — esta tercera — interpretación del tema no parece ajena a Werfel. El sensualismo místico, el trascendentalismo se acentúa cada vez más en su vasta e irregular producción. En Juárez y Maximiliano la realidad no está completamente trascendida y ofrece una apaciguada riqueza, una limpia luminosidad — la obra, recuerda, es de 1924 —; pero ya apunta (como en Spiegelman) esa decadente e inevitable trascendentalización que su obra póstuma (Star of Unborn) ofrece casi grotescamente.

DOS SONETOS

AMOR SÁDICO

Ya no te amaba, sin dejar por eso
de amar la sombra de tu amor distante.
Ya no te amaba, y sin embargo el beso
de la repulsa nos unió un instante...

Agrio placer y bárbaro embeleso
crispó mi faz, me demudó el semblante.
Ya no te amaba, y me turbé, no obstante
como una virgen en un bosque espeso.

Y ya perdida para siempre, al verte
anochece en el eterno luto,
—mudo el amor, el corazón inerme—

huraño, atroz, inexorable, hirsuto...
¡jamás viví como en aquella muerte
nunca te amé como en aquel minuto!

SUPERVIVENCIA

Con tu heroica sonrisa húmeda en llanto
la veste ensangrentada de amapolas,
junto a la pira, joyas y corolas
sacrificabas, con un gesto santo...

Viendo cadáver lo que fué tu encanto,
te heló vivir como un espectro a solas...
Y te ofreciste, impávida de espanto,
al fuego que se hinchó en las hambrientas
[olas.

Rugiendo en bramas de pavor estigio
la hoguera, hipnotizada de prodigio,
lamió, león de trágicos antojos,

tus manos angustiosamente bellas.
Y al inmolarte luz a luz, tus ojos
sobrevivieron como dos estrellas.

JULIO HERRERA Y REISSIG